misericordia. De esta virtud ha de nacer la confianza, que sostiene toda la oración: *Todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis (Mt. 21, 22).*

San Agustín escribe: "Si falta la fe, pereció la oración" *(Serm. 115, c. 1).* Y San Pablo afirma categóricamente que esta virtud es indispensable para orar: *Pero, ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? (Rom. 10, 14).*

Por otra parte, si la fe es necesaria para la oración, ésta es indispensable a su vez para creer. Porque es la fe la que inspira nuestras plegarias, y son las plegarias las que, quitando toda duda, solidifican y fortalecen la fe.

d) Con la fe es necesaria la *esperanza,* generadora de toda confianza. San Ignacio exhortaba así a los que se acercaban a orar: "No llevéis a la oración un ánimo incierto. ¡Bienaventurado el que no dudare!" *(Epis. 10 a Heronem, n. 7).*

La fe y la esperanza engendran en nosotros la confianza segura de ser escuchados: *Pero pida con fe, sin vacilar en nada, que quien vacila es semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una parte a otra (Sant. 1, 6).*

Son innumerables los motivos que dan garantía a esta nuestra confianza...

2. *En espíritu y en verdad.*—Máxima importancia tiene también el modo de hacer la oración, porque, aunque ésta sea siempre un bien, no nos reportará fruto alguno si no sabemos hacerla como conviene. Santiago dice expresamente que muchas veces no se obtiene lo que se pide porque se pide mal *(Sant. 4, 2-3).*

Se ha de orar ante todo en espíritu y verdad, porque el Padre celestial desea que así se le adore (Jn. 4, 23).

Ora de esta manera quien hace su plegaria con íntimo y ardiente afecto del alma, sin excluir por esto la oración vocal. Es innegable que la oración que brota de un fervoroso e íntimo espíritu es muy superior a cualquier otra, y Dios la escucha siempre, aunque no se exteriorice con palabras, porque ante El están siempre patentes aun los más ocultos pensamientos *(Deut. 21, 21).*

Así escuchó Dios la súplica de Ana, madre de Samuel, expre-

sada con lágrimas *(1 Reg. 1, 10; 26-27)*. Y David, escribe: *De tu parte me dice el corazón: buscad mi rostro, y Yo, Yavé, tu rostro buscaré (Sal. 26, 8).*

3) *Oración vocal.*—También es útil y necesaria la oración vocal, porque enciende el deseo del alma y aviva la fe del que ora. San Agustín escribe a Proba: "A veces nos excitamos más fácilmente para acrecentar los santos deseos con palabras y otras expresiones. Otras nos vemos obligados, por el ardor del deseo y de la piedad, a manifestar con palabras nuestros íntimos sentimientos. Porque cuando el ánimo exulta de alegría, es necesario que exulte también la lengua. Y es muy lógico que ofrezcamos a Dios este doble sacrificio del alma y del cuerpo *(Epist. 130, c, 9 n, 18).*

En muchos pasajes de la Sagrada Escritura aparece claramente que los apóstoles utilizaron este modo de oración.

Existe la oración llamada privada, en la que las palabras pueden ayudar al íntimo ardor de nuestra personal piedad; y la *pública,* instituida como manifestación religiosa de la comunidad de los fieles, que no puede absolutamente hacerse, por lo menos en algunos momentos, sin el ministerio de la palabra.

Este modo de hacer la oración *en espíritu* es exclusivo de los cristianos. Cristo mismo la contrapuso a las plegarias locuaces de los paganos *(Mt. 6, 7-8).*

Pero aunque prohíbe el Señor la locuacidad en la oración, nunca intentó condenar las plegarias que, por largas que sean, brotan de un vehemente fervor del espíritu. El mismo nos dio ejemplo pasando noches enteras en oración *(Lc. 6, 12),* y repitiendo una y otra vez la misma fórmula *(Mt. 26, 41-44).* Quiso enseñarnos únicamente que no es el vano sonido de las palabras lo que cuenta en la oración, ni su extensión o brevedad, sino el espíritu con que se hace.

Contra este espíritu pecan no sólo los locuaces, sino también los hipócritas. *(Cuando oréis* —vuelve a amonestarnos de nuevo Jesús—, *no seáis como los hipócritas, que gustan de orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres. Tú, cuando ores, entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará (Mt. 6, 5-6).*

Esta secreta estancia de la que nos habla el Señor debe entenderse de la intimidad del corazón, en la que el hombre debe no sólo entrar, sino encerrarse, para que no irrumpa del exterior la distracción, que turbe la serenidad y pureza de su oración. Porque el Padre celestial escucha las peticiones que se le hacen con intención pura y santos pensamientos *(Is. 29, 15-16).*

4) *Perseverancia en la oración.*—La oración requiere además una constante asiduidad. También nos lo recuerda Cristo en el Evangelio con el ejemplo de aquel juez que, aunque no temía a Dios ni a los hombres, vencido, sin embargo, por la insistencia de una pobre viuda, acabó por ceder a su petición *(Lc. 18, 2-3).*

Faltan contra esta humilde y constante perseverancia quienes después de haber orado una o dos veces, viendo que no consiguen lo que piden, cesan sin más de orar. Cristo nos dice expresamente que no hemos de cansarnos de orar (Lc. 18, 1). Y lo mismo enseñará más tarde San Pablo (1 Tes. 5, 17).

Si alguna vez sentimos desfallecer nuestra voluntad, pidamos a Dios, como la más preciosa gracia, el saber perseverar en la oración.

5) *En nombre de Jesucristo.*—También nos exige Jesucristo, como una condición, que nuestras plegarias vayan dirigidas al Padre en su nombre y valorizadas con los méritos de su intercesión: *En verdad en verdad os digo: cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo (Jn. 16, 23-24). Lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn. 14, 13).*

6) *Con fervor y espíritu de penitencia.*—Por último, imitemos en nuestras plegarias el fervor tan ardiente con que las hacían los santos y juntemos siempre con la oración el agradecido reconocimiento, tan frecuente en todas las oraciones de San Pablo.

Unamos también a ella el ayuno y la limosna, porque el ayuno facilita muchísimo la oración (difícilmente logrará levantarse hasta Dios, ni aun siquiera entender lo que es orar, una mente embotada por el exceso de comida y bebida, y la limosna tiene una profunda afinidad espiritual con la oración). Porque, ¿cómo podrá invocar la ayuda del Padre el que no es caritativo

con el prójimo, con el hermano que necesita vivir de su piedad y socorro? Quien no sienta la caridad, no debe hacer más que una petición: pedir perdón por su dureza e invocar de Dios el espíritu de amor que le falta.

De esta manera proveyó el Señor el remedio para todos nuestros pecados. Porque con ellos, u ofendemos a Dios, o injuriamos al prójimo, o nos dañamos a nosotros mismos. Y con *la oración* aplacamos a Dios, con la *limosna* reparamos las ofensas hechas al prójimo, y con el *ayuno* purificamos las manchas de nuestra alma *(Catecismo Romano, IV Parte, Introducción).*

BEATO NICOLAS FACTOR (m. 1578)

Nació en Valencia e ingresó en la Orden franciscana. Fue ordenado sacerdote en 1544 y fue maestro de novicios y confesor de las Descalzas Reales. Fue un gran amigo de San Luis Beltrán.

Hay una fuente llamada "oración continua", cuyo manantial nace de Dios. Allí es donde se descubren los secretos de Dios, y con estos secretos se forma como un río que lleva el alma a Dios de donde nació. Allí es donde el alma muere al mundo y a todo lo que no es Dios. (Las Tres Vías.)

SAN LUIS BELTRAN (m. 1581)

Fue una de las glorias más excelsas de la Orden Dominicana del siglo XVI. Nació en Valencia y desde que ingresó en la vida monástica fue un dechado de oración y penitencia. Muy joven lo hicieron maestro de novicios, cargo que desempeñó extraordinariamente. En 1562 pasó a las misiones de América, donde convierte para Cristo varios millares de indios.

1. La oración es cosa tan excelsa que nos permite familiarizarnos con el mismo Dios... Por ella todo se alcanza..., es como la paloma de Noé, que siempre vuelve con el ramo verde de olivo de la misericordia. *Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni me negó su misericordia* (Sal. 65, 20). Juntas van siempre nuestra oración y la misericordia de Dios. (Sermón Domin. IV.)

2. Dios desea que le pidáis para daros. A la Samaritana le dice: *Tú le pedirías a El y El te daría agua viva* (Jn. 4, 10). No pone duda en el dar (eso está seguro), la duda está en el pedir vos; que si pedís, sin falta que se os dará (Ser. fer. 2, Pentec.).

3. La oración nos hace profetas y amigos de Dios. El ser amigo consiste en el amor que está en la voluntad, y el ser profeta en que alumbra el entendimiento.

4. Tres maneras hay de oración: La primera, *vocal*, como los que rezan el Oficio Divino... La segunda es cuando dentro de nuestro corazón, sin pronunciar palabras con la boca, *habla sólo el corazón* con el Señor, y allí dentro del corazón le pedimos todo lo que necesitamos *(oración afectiva)*. La tercera manera de orar llamamos *mental o espiritual*, con que se alza nuestra alma a lo más alto para tratar afectuosamente a Dios con las alas de los deseos y piadosa afección, esforzada por el amor que no necesita palabras, pues cuanto mayor es el amor, menos palabras necesita para comunicarse con Dios... (Adic. a. id).

SANTA TERESA DE JESUS, Dra. (m. 1582)

Santa Teresa de Jesús, Reformadora del Carmelo, es, después de la Santísima Virgen, la mujer más importante dentro de la Iglesia Católica. Fue la primera mujer que recibió el título de Doctora de la Iglesia, y sus escritos son tan importantes y han tenido tanta influencia entre los cristianos, que sus obras son, después de la Biblia, las más leídas y las más populares de todos los santos.

1. El que persevere en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, tengo por cierto le sacará el Señor a puerto de salvación *(Vid. 8).*

2. De lo que tengo experiencia puedo hablar: digo, pues, que por males que haga quien hace oración, no la deje: pues es el único medio por el que se podrá remediar, y sin ella será difícil *(Ibíd.)*

3. Quien no haya comenzado a tener oración, le ruego, por el amor de Dios, no carezca de tanto bien *(Ibíd.)*

4. Pues si a los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tan bien la oración y les es tan necesria, que no se pueden hacer a sí mismos daño mayor que dejar la oración; los que sirven a Dios y le quieren servir, ¿por qué la habrían de dejar? Por cierto, si no es para pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender... Cierto los tengo lástima, que a su costa sirven a Dios; porque a los que hacen oración, el mismo Señor les hace la costa, pues por un poco de trabajo da gusto para que con él se pasen los trabajos *(Ibíd.)*

5. Sólo digo que, para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí el Señor, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará *(Ibíd.)*

6. Para no hacer pecados..., es necesario que se aprovechen las armas de la oración *(Vida, 15).*

7. En este punto quisiera yo ser una persona de gran autoridad para que se me creyera esto; al Señor suplico su Majestad la dé: Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: "Si vuelvo a ser malo será peor seguir con la oración". Lo malo sería si por no enmendarse del mal dejara la oración; pero si no la deja, tenga por seguro que al fin la sacará el Señor a puerto de luz... *(Vid. 19).*

8. Yo la dejé año y medio, y no fuera más ni fue que meterme yo misma en el infierno sin necesidad de demonios que metieran en él. ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que, alma que tenga con perseverancia oración, no puede ser suya, y que incluso, todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después un mayor salto en su servicio. (Ibíd.)

9. No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración (Ibíd.)

10. Todo este cimiento de la oración va fundamentado en la humildad, y mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios (Vid. 22).

11. Habiendo comenzado a quitarme de las ocasiones de pecar y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes como quien desea que yo las quisiese recibir (Vid. 23).

12. Mírese mucho que las que hubieren de recibir (para monjas) sean personas de oración (Cons. 21).

13. *¿Qué es oración mental?*—Pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos, y quiénes somos los que osamos hablar con tan gran Señor; pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servirle, eso es oración mental, no penséis es otra algarabía, ni os espante el nombre (Vid. 40).

14. Como yo quería tanto a mi padre, y deseándole todo el bien que a mí me parecía había en tener oración —que me parecía que en esta vida no había un bien mayor que la oración—; comencé a procurar con él la tuviese... Como era tan virtuoso, asentóse tan bien en él este ejercicio que, en cinco o seis años..., estaba tan adelantado que yo alabo mucho al Señor y me daba grandísimo consuelo (Vid. 7).

15. *La oración no siempre es fácil.*—Muchas veces en varios años, tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar en la oración, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana que recogerme a hacer oración.

Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo..., para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces cuando tenía deseos de rezar (Vid. 8, 6-7).

16. ¡Son tantas las cosas que el demonio pone delante los principios para que no comiencen este camino de hecho!... Como quien sabe el daño que le viene, no sólo en perder aquel alma, sino muchas. Porque si el que comienza se esfuerza, con el favor de Dios, a llegar a la cumbre de la perfección, creo que jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí... Por eso les pone el demonio tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no volverse atrás, sino mucho, y mucho favor de Dios (Vid. 2).

17. Pero si ponéis cuidado, en un año, o quizás en medio, saldréis con ello (Cam. 29).

18. Lo que aviso mucho es que no se deje la oración... Y crea, crea que si de ésta se aparta, lleva a mi parecer peligro (Vid. 15).

19. Por males que haga quien la ha comenzado, jamás la deje, pues es el medio por donde puede volverse a remediar... No le tiente el demonio por la manera que a mí a dejarla por humildad... Y quien no la ha comenzado, por el amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien.

No hay aquí qué temer, sino qué desear; porque..., a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera..., nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama... Viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que nos ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos (Vid. 8).

20. ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien os sufre que estéis con él!... No veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad; los malos —que no son de vuestra particular condición—, para que los hagáis buenos con que os sufran, que estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos de mundo, como yo hacía.

Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía..., forzáis Vos a los demonios para que no los acometan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y se la dais Vos a ellos para vencer.

Sí que no matáis a nadie, Vida de todas las vidas, de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo, sino que les sustentáis la vida del cuerpo con más salud y se la dais también a sus almas.

No entiendo esto que temen los que temen comenzar oración mental, ni sé de qué tienen miedo. Bien hace ponerlo el demonio para hacernos él de verdad mal (Vid. 8).

21. La oración mental es el principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa en que nos va la vida en comenzarla a todos los cristianos, y ninguno, por perdido que sea..., la había de dejar (Cam. 24).

22. Se ha de notar mucho..., que el alma que en este camino de oración comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho porque falten estos gustos y ternura o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino: y no tenga miedo de volver atrás, aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento.

Sí que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura —que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos—, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad... Esta determinación es la que (Dios) quiere (Vid. 11).

23. Allí (en la oración) son las promesas y determinaciones heroicas; la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad... (Vid. 19).

24. Dios pone (en el alma) un gran deseo de ir adelante en la oración, y no dejarla por ninguna clase de trabajo que le pudiese suceder, que a todo se ofrece. Ve una seguridad con temor de que ha de salvarse..., y se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo; ansía tener más ratos de soledad para gozar más de aquel bien; en fin...: es el principio de todos los bienes (Vid. 6).

25. Por aquí (por la oración) se remediaron todos mis males... (Vid. 8).

26. Todas estas señales de temor de Dios, me vinieron con la oración, y la mayor (señal) era ir envuelto en amor (Vid. 6).

27. Ya sabéis que enseña Su Majestad que sea a solas; que

así lo hacía El siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento (Cam. 24).

28. Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que aunque tiene pies y manos no se puede mover (Mor. 1).

29. La puerta para entrar es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, sino que para que sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es el que pide y a quién lo pide, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios... Pues a quien tuviere la costumbre de hablar con la Majestad de Dios como lo haría con su esclavo, sin mirar si le habla mal, sino lo que le viene a la boca y tiene aprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plegue a Dios que ningún cristiano la tenga. (Mor. 1).

30. Aquellos ratos que estamos en la oración..., los tiene Dios en mucho (Mor. 2).

31. La puerta para entrar..., es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo sin entrar en nosotros conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino... (Mor. 2).

32. Para esto es la oración..., para que nazcan obras, obras (Mor. 7, 4).

33. Yo miro con advertencia que..., cuanto más se adelantan en la oración, más acuden a las necesidades del prójimo, en especial a las de las almas, que por sacar una del pecado mortal estarían dispuestas a dar muchas vidas que tuvieren (C.A.D. 7).

34. Lo primero que quiero tratar, según mi pobre entendimiento, es en lo que está la sustancia de la perfecta oración... Y así querría dar a entender que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él..., por donde el provecho del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho (Fund. 5).

35. En la oración es donde el Señor da luz para entender las verdades (Fund. 10).

36. Desear trabajos almas que tienen oración, es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mismos trabajos, alegrarse de padecerlos, no es de muchos (Fund. 12).

37. Por mucho que tengan que hacer, no dejen de procurar tiempo para tener oración (Fund. 30).

38. En verano se levanten a las cinco y estén hasta las seis en oración. En invierno se levanten a las seis y estén hasta las siete en oración (Cons. 2).

39. Una hora antes que digan Maitines, se toca a la oración. En esta hora de oración se podrá tener lectura, si en la hora que se tiene después de Vísperas se hallaren con espíritu para tener oración (Cons. 7).

40. ¡Oh, almas que habéis comenzado a tener oración y tenéis verdadera fe! ¿Qué bienes podéis buscar en esta vida que sea como el menor de éstos? (Vid. 27).

41. Yo siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas (Vid. 29).

42. Todas las cosas de más subida perfección se imprimen en la oración (Rel. 1, 24).

43. Dice la primera Regla nuestra que oremos sin cesar. Con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden (Cam. 4).

44. Acostumbrarse a la soledad es gran cosa para la oración: y pues la oración ha de ser el cimiento de esta casa, es necesario aficionarnos a la soledad que es lo que a ella más nos ayuda (Cam. 4).

45. En esta casa..., es el ejercicio principal la oración (Cam. 17).

46. Por tanto, digo que importa mucho, y es el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella (a hacer bien la oración), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino..., siquiera se hunda el mundo (Cam. 21).

47. Creedme vosotras y mirad no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración (Cam. 21).

48. Yo no hablo ahora de que vuestra oración sea mental o vocal para todos; a vosotras digo, que la una y la otra necesitáis. Pues este es el oficio de los religiosos. Y si alguno os dijere que

en esto hay peligro, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él... Peligro será el no tener humildad y la falta de otras virtudes; mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios quiera. Esos son inventos del demonio... Nunca he visto tan mala invención; bien parece del demonio. ¡Oh, Señor mío! Mirad cómo entienden vuestras palabras al revés. No permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos (Cam. 21).

49. Si alguno os pusiere temores decidle que Regla tenéis que os manda orar sin cesar, que así os lo manda y que la habéis de cumplir. Y si os dijeren que sea vocalmente, preguntadle si ha de estar el entendimiento y el corazón en lo que decís. Y si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa), veis por dónde confiesan que forzosamente habréis de tener oración mental... (Cam. 21).

50. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación...; porque no es razón que, a quien tanto nos ha dado y de continuo da, que una cosa que nos queremos determinar a darle, como es ese cuidadito (de hacer bien la oración), no dárselo con toda determinación (Cam. 23).

51. Es gran negocio comenzar las almas a tener oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la Cruz a Cristo... Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar (Vid. 15).

52. Quien viere en sí esta determinación, no, no tiene que temer..., puesto que está en tan alto grado como es querer tratar a solas con Dios y dejar los pasatiempos del mundo, lo principal está hecho (Vid. 11).

53. El alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse mucho porque le falten estos gustos y ternuras, o los dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino... y va comenzado el edificio sobre firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos, que la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de alma y con humildad (Vid. 11).

54. Comenzando yo a quitarme de las ocasiones y a darme

más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba..., que yo las quisiera recibir (Vid. 23).

55. Poco a poco y en poco tiempo, si traéis cuidado con la oración, os hallaréis en la cumbre (Cam. 17).

56. Si se persevera (en la oración) Dios no se niega a nadie (Vid. 11).

57. Este poquito de tiempo que nos determinamos a darle, de cuantos gastamos en nosotros mismos y en quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato se lo queremos dar, démoselo libre de pensamientos y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás volver a quitárselo por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones, ni por sequedades; sino que ya tengamos aquel tiempo como cosa que no es nuestra, y pensemos que nos lo puede pedir por justicia cuando del todo no se lo quisiéramos dar (Cam. 23).

58. Esto tiene de bueno..., que se nos da más de lo que se pide ni acertáramos a desear (Cam. 23).

59. Aun en las mismas ocupaciones (debemos) retirarnos a nosotros mismos, aunque sólo sea un momento; pues sólo aquel recuerdo de que tengo compañía dentro de mí, aprovecha mucho (Cam. 29).

60. Si el alma está mucho tiempo con Dios, como es razón que lo esté, olvidada de sí solamente deseará contentar a Dios... De esto sirve la oración, de que nazcan obras, obras...

¿Cómo hay que hacer la oración?—Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente; y esta era mi manera de oración (Vid. 4).

61. Tenía este modo de oración: Que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y me hallaba mejor, a mi parecer, en los lugares donde le veía más solo. Me parecía a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada, admitiría mi compañía... Me hallaba muy bien, especialmente, en la oración del huerto; allí era mi acompañarle... Me estaba allí con El lo más que me dejaban mis pensamientos, porque eran muchos los que me atormentaban. Tengo para mí que por aquí ganó mucho mi alma, porque empecé a tener oración incluso antes de saber lo que era (Vid. 9).

62. Tenía poca habilidad para representar con el entendimiento cosas que, si no eran las que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación.

Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude representar en mí..., sino que hacía como quien está ciego y a oscuras, que, aunque habla con una persona y entiende que está con ella, porque sabe que está allí, mas no la ve (Vid. 9).

63. Hacer examen de conciencia, decir la confesión y santiguarse, ya se sabe que ha de ser lo primero (Cam. 26). Después de santiguaros, pues estáis sola, procurad tener compañía. Y ¿qué mejor que la del mismo Maestro?

...Representaos al Señor junto a vos, y mirad con qué amor y humildad os está mirando; y creedme, mientras pudiereis, no os apartéis de tan buen amigo. Si os acostumbráis así a tenerle junto a vos, no le podréis —como dicen— echar de vos...

Las que no podáis discurrir mucho con el entendimiento, ni podéis recoger el pensamiento sin distraeros, acostumbraos, acostumbraos: mirad que yo sé que podéis hacer esto (Cam. 26).

64. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo..., y así siempre volvía a la costumbre de holgarme con este Señor, especialmente cuando comulgaba; quisiera yo traer siempre delante de mí su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera (Vid. 22).

65. En veros junto a mí he visto todos los bienes... Con tan buen amigo presente, todo se puede sufrir. El ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero (Vid. 22).

66. ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes sino de vos?... Este Señor nuestro es por donde nos vienen todos los bienes; El lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos que tener un tan buen amigo al lado? Que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones. ¡Bienaventurado quien de verdad le amare y le trajere siempre junto a sí! (Vid. 22).

67. Dice el Señor: "*Pedid y se os dará*" (Lc. 11, 9). Pues si no creéis a Su Majestad en las partes del Evangelio donde asegura esto, poco aprovechará, hermanas, que yo me quiebre la cabeza en decirlo. Mas todavía digo que a quien tuviese alguna duda,

que poco perderá en probarlo; que esto tiene de bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertáramos a desear. Esto es sin falta. Yo lo sé; y a las de vosotras que por bondad de Dios lo sabéis por experiencia, puedo poner por testigo (Vida 4).

68. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración... Mire, mire no le engañe el demonio en que deje la oración, como hizo conmigo bajo falsa humildad, como ya lo he dicho y muchas veces lo querría decir. Cómo pude pasar, me espanto. Era con la esperanza de volver a ella; pero antes quería estar limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! ¡Hasta el día del juicio me la libraba el demonio para de allí llevarme al infierno!... Nadie puede hacerse a sí mismo daño mayor que dejar la oración...

Ahora me santiguo, y me parece que en mi vida no he pasado peligro tan peligroso como esta invención del demonio. Miren, miren esto, por amor de Dios, todos los que tratan oración, y sepan que todo el tiempo que yo estuve sin ella era mucho más perdida mi vida (Ibíd.)

69. En todos estos (años), si no era acabando de comulgar, jamás me atrevía a tener oración sin un libro; y era tanto el miedo que tenía mi alma estar sin él en la oración, como si fuera a pelear con mucha gente. Este remedio era para mí como una compañía o escudo para poder defenderme de los golpes de los pensamientos (importunos, y con él) andaba consolada. No estaba siempre con sequedad, pero sí siempre que me faltaba el libro, que era luego desbaratada el alma y los pensamientos perdidos; pero con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Muchas veces, con solamente abrir el libro, ya no era necesario más. Otras leía poco y otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Me parecía..., que teniendo libros y soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien (Ibíd.)

70. De mí sé deciros que nunca supe qué era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tanto provecho de esta costumbre de recogimiento dentro de mí, que por eso me alargo tanto (Cam. 29).

71. Nada se aprende sin un poco de trabajo. Os pido por

amor de Dios que deis por bien empleado el cuidado que gastaréis en esto; pues yo sé que, si le tenéis, en un año, o quizá en medio, con el favor de Dios saldréis con ello. Mirad qué poco tiempo para tan grande ganancia (Cam. 29).

72. Con este modo de rezar..., con mucha más brevedad se recoge el entendimiento, y es oración que trae muchos bienes. Se llama oración de recogimiento porque el alma recoge las potencias y se entra dentro de sí con Dios, y viene con más brevedad su Divina Majestad a enseñarla y a dar la oración de quietud... Porque allí metida consigo misma puede pensar en la Pasión, y representar allí al Hijo y ofrecerlo al Padre sin cansar el entendimiento, andándole buscando en el monte Calvario, en el Huerto o en la Columna.

Las que se pudieren encerrar de esta manera en este cielo pequeño de nuestra alma, donde está quien le hizo... y acostumbrarse a no mirar ni distraerse con las cosas exteriores, crea que lleva excelente camino... Así, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos... Si nos hiciéremos fuerza en usarlo algunos días, pronto veremos claro las ganancias (Cam. 28).

73. Si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se hubieran determinado a serlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no hubieran llegado a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de almas animosas... Me espanto de lo mucho que hace en este camino el animarse a grandes cosas; porque, aunque en el momento no tenga fuerza el alma, da un vuelo y llega muy (alto)... Estas primeras determinaciones son gran cosa (Vid. 13).

74. Durante muchos años..., cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada a Cristo, procuraba... esforzar la fe para creer que era lo mismo y le tenía en casa tan pobre como la suya y desocupándose de todas las cosas exteriores se ponía en un rincón, procurando recoger los sentidos para estar a solas con el Señor, y considerándose a sus pies, se estaba allí hablando con El aunque no sintiese devoción...

Porque (es cierto) que está dentro de nosotros...; pues sabemos que mientras el calor natural no consume los accidentes del pan (no dudamos) que está con nosotros el buen Jesús... Y pues si cuando andaba por el mundo, con sólo tocarle la ropa sanaba los enfermos, ¿por qué vamos a dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si yo tengo fe, y me dará todo lo que le pidiese, pues está en mi casa? (Cam. 61.)

75. A los que ve que se han de aprovechar de su presencia, El se les descubre; que aunque no se pueda ver con los ojos corporales, tiene muchos modos de mostrarse al alma... (Después de comulgar), estaos vos con El de buena gana; no perdáis tan buena ocasión de negociar como es la hora de después de haber comulgado. Si la obediencia no os mandare otra cosa, hermanas, procurad que el alma se esté con el Señor. Pero si luego os vais con el pensamiento a otra cosa y no le hacéis caso ni tenéis cuenta de que está dentro de vos, ¿cómo se os va a dar a conocer? (Cam. 34).

76. Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejaros ricos... (C. A. D. 4).

77. Después de comulgar, pues tenéis allí al Señor, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrid los del alma para miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo y muchas lo querría decir, que, si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgareis, procurando tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien, no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras se os dé a conocer conforme al deseo que tenéis de verle; y tanto lo podríais desear que se os descubra del todo.

78. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Os entendéis? Pues yo querría dar voces y discutir —aun siendo la que soy— con los que dicen que no es menester la oración mental. Cierto, yo creo que no os entendéis ni sabéis qué es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación; porque si lo supieseis, no condenaríais por un lado lo que alabáis por el otro...

¿Quién dirá que está mal, si comienza a rezar las horas o el rosario, que comience pensando con quién habla, y quién es el

que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal —que es rezar las horas o el rosario— ocupéis hartas horas en la mental (Cam. 37).

79. Y no penséis se gana poco en rezar vocalmente con perfección: os digo que es muy posible que, estando rezando el Padrenuestro u otra oración vocal, os ponga el Señor en contemplación perfecta (Cam. 25).

80. Me diréis que ya esto es consideración, que no queréis ni lo podéis, si no rezar vocalmente: y tenéis alguna razón. Mas yo os digo que ciertamente no sé cómo lo aparte (si ha de ser rezar con quien hablamos, como es razón y aun obligación que procuremos rezar, entendiendo y advirtiendo *lo que decimos*); y aun plega a Dios que con estos remedios vaya bien rezado el Padrenuestro y no acabemos en otra impertinencia (Cam. 40).

81. De lo que vuestra señoría tiene del querer salir de la oración, no haga caso, sino alabe al Señor por el deseo que le da de tenerla, y crea que en la voluntad eso quiere, y ama estar con Dios. La *tristeza* o melancolía se acongoja de parecer se le ha de hacer apremio. Procure vuestra señoría algunas veces —cuando se ve apretado— irse donde vea cielo, *y hacer la oración* paseando, que no se quitará la oración por eso; porque es menester llevar con arte esta nuestra flaqueza para que no se apriete el natural. Todo esto es buscar a Dios, pues por El andamos buscando medios como es necesario llegar el alma con suavidad. (Epist. 67.)

82. La mejor oración es la que nos deja mejores deseos confirmados con obras... ¡Oh!, ésta es la verdadera oración y no unos gustos no más para nuestro gusto, pero que cuando se ofrece la ocasión de (confirmarlo con las obras, mostramos) mucha flojedad... Yo no desearía otra oración sino la que me hiciese crecer en las virtudes. Si es con grandes tentaciones y sequedades y tribulaciones, y esto me dejase más humilde, yo la tendría por buena oración; pues lo que más agradare a Dios, tendría yo por mejor oración; pues no se entiende que no ora el que padece, pues lo está ofreciendo a Dios... (Cta. 134).

83. Todo lo puede la oración (Cta. 13, 5).

84. Cada día voy entendiendo más el fruto de la oración y lo que debe ser delante de Dios un alma que por sólo su honra pide remedio para otras. (Cta. 159, 5).

85. Lo primero que quiero decir, según como yo lo entiendo, es en qué está la sustancia de la perfecta oración. Porque hay algunos que les parece que todo el negocio está en el pensamiento, y si éste lo pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, ya les parece que son espirituales; pero si se distraen sin poderlo evitar, aunque sea en cosas buenas, se desconsuelan y les parece que están perdidos.

Estas ignorancias no las tendrán los letrados —aunque ya he dado con alguno—, mas a nosotras las mujeres, de todas estas ignorancias, conviene estemos avisadas.

No digo que no sea gran merced del Señor el que uno pueda estar siempre meditando en sus obras, y es bueno que se procure; mas se ha de entender que no todas las imaginaciones son hábiles para ello, mas todas las almas lo son para amar...

Lo que aquí quiero dar a entender es que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él (que tendría hasta mala ventura), por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho.

Mas, ¿cómo se adquirirá este amor? Determinándose a obrar y padecer, y hacerlo cuando se ofreciere.

Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es El, y quiénes somos nosotros, se viene a hacer un alma determinada, y es gran mérito, y a los principios muy conveniente. Mas se ha de entender cuando no hay por medio cosas que mande la obediencia y aprovechamiento de los prójimos a que obligue la caridad, que, en tales casos, cualquiera de estas dos cosas que haya que hacer, piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, como es, a nuestro parecer, el estar a solas pensando en El y regalándonos con los regalos que nos da. Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas es regalarle y hacer por El, como dijo por su boca: "*Lo que hiciereis por uno de estos pequeñitos, lo hacéis por mí*" (Mt. 25, 40). Y con respecto a la obediencia, quien bien le quisiera no querrá vaya por otro camino que "*obediens usque ad mortem*".

Pues si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto que a la mayor parte nos da cuando no se ha estado mucha parte del día muy apartados y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estas otras cosas? A mi parecer, por dos razones: la primera y más principal, por un amor propio que aquí se mezcla, muy delicado, que no se deja entender, y que consiste en querer más contentarnos a nosotros que a Dios. Porque está claro que después que un alma comienza a gustar cuán suave es el Señor, que es más gustoso estarse descansando el cuerpo sin trabajar y regalada el alma.

¡Oh, caridad de los que verdaderamente aman a este Señor y conocen su condición! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que pueden hacer algo para que una sola alma se aproveche y ame a Dios o para darle algún consuelo o para quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, lo hará con la oración, importunando al Señor por las muchas almas que la lástima de ver que se pierden. Pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, no pensando en su contento, sino en cómo hacer más la voluntad del Señor... Recia cosa sería que nos estuviese claramente diciendo el Señor que fuésemos a alguna parte que El quiere, y nosotros no quisiéramos sino estarnos con El mirándole, porque estamos más a nuestro placer... *(Fund. c. 5. En esta materia los dos extremos son malos: Son muchos los que so pretexto de obediencia o caridad, abandonan la oración, y contra ellos escribió mucho la santa, así como San Juan de la Cruz, San Bernardo y otros santos. Pero también se puede pecar por el extremo contrario, que es lo que aquí Santa Teresa explica que no está bien).*

86. Yo sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos; y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos no se podrían sufrir. Y está claro que a los que Dios mucho quiere, lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores...

Pues creer que admite a su amistad estrecha a gente regalada y sin trabajos, es disparate. Tengo por cierto les da Dios (los trabajos) mucho mayores...

Así que, hermanas, oración mental; y quien ésta no pudiere, vocal y lectura de libros santos y coloquios con Dios... (Cam. 18).

SAN CARLOS BORROMEO (m. 1584)

San Carlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milán, preclaro ejemplo de disciplina eclesiástica, fue el alma del Concilio de Trento. Publica sus Instrucciones para Confesores, *funda un Seminario modelo, fomenta la disciplina monástica y la educación catequística... La austeridad y el trabajo excesivo le llevaron al sepulcro a la edad de 46 años. La liturgia resume su vida con estas palabras:* "Su celo pastoral lo hizo glorioso".

1. Entre todos los medios que el Señor nos dejó en el Evangelio, el que ocupa el primer lugar es la santa oración (Litt. Pastor).

(Refiere San Antonio M.ª Claret que cuando San Carlos examinaba a los jóvenes aspirantes al sacerdocio, lo primero que les preguntaba era: "¿Qué cosa es la oración? ¿De cuántas maneras es la oración? ¿Cómo la hace? ¿Qué frutos saca de ella?", etc., etc., y si no respondía bien a estas preguntas sobre la oración, le despedía irremisiblemente por más sabio y sobresaliente que fuese en las demás materias. (Diál. sobre la Oración.)

Y San Ligorio escribe que este santo obispo llegó a prohibir en un sínodo que se confirieran las sagradas órdenes a aquel que descuidase la oración).

2. "La sabiduría de Dios, Cristo Nuestro Señor, en todo el desarrollo del Santo Evangelio, una de las cosas que *más* nos manda con las palabras y con el ejemplo, es la oración, cuyo uso y ejercicio es tan propio del cristiano, que por ella ha querido Su Majestad que fuéramos distintos y nos distinguiésemos de todas las naciones del mundo. *Mi casa* —dijo El— *será llamada "casa de oración"* (Mt. 21, 13). La oración es la madre de todas las virtudes

cristianas, la cual, por ser principio, progreso y coronamiento de todas, no hay ninguna otra tan recomendada en toda la Escritura, ni hay ninguna que deba sernos tan familiar, ni que con más a menudo y mayor interés necesariamente hayamos de procurar ejercitar todos los fieles" (Cit. por S. Ligorio. Gran Med. Or.).

3. *Al salir de Jericó le fue siguiendo mucha gente, y he aquí que dos ciegos, sentados a la orilla del camino, habiendo oído decir que pasaba Jesús, comenzaron a gritar, diciendo: ¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros. Mas las gentes les reñían para que callasen. Pero ellos, cada vez gritaban más fuerte: ¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros (Mt. 20, 29-31).*

Aquellos ciegos, por encima de los gritos de la muchedumbre, hicieron sobresalir los suyos. Tal es la naturaleza de la fe viva, que cuantos más impedimentos haya, más se enciende.

Aprendamos de este pasaje evangélico, que nunca debemos desistir de la oración: ni porque las turbas griten, ni porque las criaturas aumenten su violencia seductora. Aunque parezca que Cristo no nos oye, tenemos que persistir en nuestros clamores con mucha confianza y fe.

Jesús les dijo: *¿Qué queréis que os haga?* (Mt. 20, 32). ¿Qué me importa a mí que el mundo me desprecie y sus sabios no quieran oírme, si me escucha el Señor?

Tened ánimo, hijitos míos, que en vuestras manos está vuestra salud: basta con que la queráis, basta con que consintáis, basta con que la pidáis...; porque el que os hizo sin contar con vosotros, no os salvará sin vosotros.

Pero, Señor Jesús: ¿por qué preguntas lo que ya ves? ¿No ves lo que necesitan? ¿Qué necesidad tienes de que te lo manifiesten con palabras?

—No lo pregunto para conocer sus sufrimientos, sino para que manifiesten su fe, para que se vea lo que piensan de mí.

—Pero, Señor: ¿Acaso no sabes lo que piensan de ti?

—Sí que lo sé, pero quiero que los pueblos busquen su médico y digan delante de todos lo que desean, porque así, mientras los ciegos me confiesan Hijo de Dios, los que creen tener vista son confundidos.

La oración nunca se vuelve vacía como se haga con fe y perseverancia, porque con ella honramos a Dios y conseguimos la salud del alma. (Homilía, 55).

VENERABLE BARTOLOME DE LOS MARTIRES (m. 1590)

El Venerable Bartolomé de los Mártires es célebre por su destacada actuación en el concilio de Trento y por su celo pastoral como santo arzobispo de Braga. Escribió también una preciosa obra titulada Compendium vitae spiritualis.

1. ¡Ay de ti, si se hubiere secado en ti la fuente de la devoción! ¿Qué otra cosa es la devoción, sino la fuente de agua viva que riega todos nuestros ejercicios de virtud, y sin la cual se mustian enseguida? Es, también, vino celestial que alegra el corazón humano, bálsamo que sana toda herida, comida del alma, lengua con la que hablamos a Dios...

La dulzura de la vida interior (que nos llega con la oración) es la comida del alma con la que se fortalece para trabajar en la viña del Señor... El único alivio de los trabajos, debe ser el recurso a la soledad para orar y meditar. (Estimulus Pastorum.)

Después de la oración fogosa, queda el rescoldo para los momentos de ocupaciones... Hay que esforzarse en pedir con grandes gemidos al Señor que en medio de los negocios... esté el espíritu libre siempre, seguro y magnánimo para el Señor...

Cuando nos salen al paso dificultades, peligros, crímenes que hay que evitar, o cuando tengamos que proveer beneficios o cargos, etc., recurre al punto a la oración... pues este impulso constante para orar, es una gran ocasión de aprovechamiento (Ibíd.)

El mayor escollo que hay que evitar, es que el agobio de los quehaceres externos, nos lleve a la sequedad y empecemos a orar con tibieza, espaciando o disminuyendo los actos de piedad... Ello nos llevará a abandonar los actos más esenciales, por

otros que lo son menos, y por fin, poco a poco vendremos a caer en los defectos y en los vicios (Ibíd.)

Tal vez David cayó, porque, poco a poco, fue dejando los ejercicios espirituales.

Es tarea del sacerdote sacrificar, orar, enseñar, visitar (si es obispo). ¿Hay algo más digno y más útil para las ovejas que el que por ellas ofrezca el pastor a Dios, todos los días, la vida y pasión de Cristo? ¿Puede decirse insensatez mayor que el que no se deba celebrar todos los días, porque se tienen ya muchas ocupaciones? Precisamente por tales ocupaciones, es necesario reservar al Señor el espacio suficiente para celebrar, como defensa contra las tentaciones, para tener luz en los negocios, consuelo en medio de las aflicciones (Ibíd.)

De estos dos mandamientos, a saber, de la palabra y del ejemplo, depende la seguridad de la conciencia y en ellos se resume tu ministerio (sacerdotal). Pero tú si tienes sentido, añade un tercero, que es el de la oración. Quedan tres en esta forma, pero el mayor de ellos es la oración (Ibíd.)

SANTA CATALINA DE RICIS (m. 1590)

Santa Catalina de Ricis fue monja dominica de Florencia, a quien Dios distinguió, sobre todo, por su devoción a las almas del purgatorio. Fue canonizada por Benedicto XIV en 1746.

A esta Santa le dijo el Señor: "No se entregan las joyas ni las perlas a quienes no conocen su valor, ni tampoco yo concedo mis dones y favores a quienes no saben apreciarlos. No los doy sino únicamente a las almas que los buscan pidiéndolos noche y día a fuerza de suspiros y lágrimas hasta hacerse importunas (13 de octubre de 1553).

SAN LUIS GONZAGA (m. 1591)

San Luis Gonzaga, marquesito de Castiglione, era un niño angelical cuando le descubre el Cardenal San Carlos Borromeo. El mismo le da la primera comunión. Renuncia al marquesado en favor de su hermano Rodolfo y se hace jesuita. Toma por director espiritual a San Roberto Belarmino. Muere a los 23 años como un ángel de pureza celestial.

El que no sea hombre de oración, no llegará nunca a un alto grado de santidad, ni triunfará nunca de sí mismo. Toda la cobardía y la poca mortificación que se echan de ver en las almas religiosas, no procede sino de que se descuida la oración, que es el medio más corto y eficaz de alcanzar las virtudes.

BEATO ALONSO DE OROZCO (m. 1591)

El Beato Orozco (1500-1591) nació en Oropesa (Toledo). Estudió en Salamanca y a los 22 años ingresó en la orden agustiniana, teniendo por maestro al venerable Montoya y haciendo la profesión en manos de Santo Tomás de Villanueva. Fue un gran predicador al que todos tenían por santo, y fue consejero del rey Felipe II. Fue beatificado por León XIII en 1882. Sus obras principales son: Vergel de Oración, Recogimiento del Alma, Regla de Vida Cristiana, Desposorio Espiritual y Monte de Contemplación.

1. Es cosa mayor y más beneficiosa para el alma, una oración atenta, aunque breve, que si se hiciera una peregrinación hasta Jerusalén, ¡Oh alma, no pienses que andas pequeña jornada

cuando oras al Señor, ni pienses que su divina Majestad la tiene en poco! Acuérdate que quien dijo que hasta los cabellos de nuestra cabeza tiene contados, que no dejará que se pierda la menor de nuestras oraciones, ni dejará ninguna sin gran premio...

2. Dios no nos pide grandes obras, sino grandes deseos. ¡Oh alma mía: mira que no te pide el Señor más que deseos! Extiende tus senos, ensancha tu corazón, desea cosas eternas y grandes, que grande y omnipotente es el que lo ha de cumplir. ¡Oh, cuán grandes cosas obra un querer determinado! un decir: tengo que orar y alabar a mi Dios, venga lo que viniere...

3. Mas a nosotros nos ocurre en la oración lo que al negligente, de quien dice Salomón: *Quiere y no quiere el perezoso*. No hay quien no quiera una conversación tan dulce y suave como la de Dios, de la cual se goza el corazón, ni hay quien aborrezca la alegría que en ella siente el corazón, el cual fuera de su centro, que es Dios, no puede sosegar. De manera que todos queremos los frutos de la oración, mas el trabajo de llegarse a ella, el desocuparnos para tan grande obra, pocos lo aceptan y menos lo ponen en obra. Quiere y no quiere el negligente: quiere el provecho, mas como no quiere el trabajo, todo lo pierde.

4. Conviene que estés avisado: más te vale una hora de oración, que un día entero de lección; porque en la lección tienes por maestro el libro y, en la oración, al Espíritu Santo.

5. Los Santos Doctores, mucho más tiempo gastaban en la oración que en el estudio entre los libros, porque sabían la promesa del Padre que dice por David: *Me ofrecerá sacrificio de alabanzas, y allí está el camino, en el cual manifestaré mi Salvador* (Salv. 49).

Si tal libro de vida mereces ver orando, no has menester otra ciencia. El es sabiduría del Padre y te enseñará grandes secretos en breve y sin ruido.

6. Nota bien que en la oración es donde se halla el camino para llegar a la sabiduría; luego, fuera de ella, perdido andas, buscando el verdadero saber. Plugiese a Dios que *como Salomón*, partieses sabiamente el niño a las dos madres, que son la lección y la oración... Pártele de forma que siquiera des tantas horas a la oración como das al estudio...

7. ¡Oh, que fuerzas da la oración hasta el más flaco y temeroso que sea! La oración, de niños hace gigantes, según nos enseñan los tres niños del horno de Babilonia...

8. La vida es una lucha continua sobre la tierra, como dice Job (7); pues siendo la oración la única arma poderosa que tenemos, ¿cómo la vamos a descuidar?

9. Según San Bernardo, tres son los principales enemigos de la perseverancia en la oración: El primero es la poca devoción y gusto que sentimos orando. El segundo es la contradicción y disgusto de nuestra carne. Y el tercero, la poca confianza de ser oídos.

10. Gran contrario es el primero, y mucho puede contra los flacos y poco ejercitados, porque como no gustan la suavidad de Dios, les resulta casi insoportable la oración.

¡Oh! alma, no te engañes, mira que dice el Señor: *No juzguéis según las apariencias, sino haced un juicio recto en la fe*. Apariencia visible es la suavidad que deseas cuando oras; pero si no la alcanzas, ten fe, que no por ello pierdes su gran mérito.

11. Dice San Bernardo: ¿Qué gusto sientes cuando ayunas? ¿Pues acaso por eso no es bueno ayunar? Y si das limosna, si sirves a los pobres, si lo haces por Dios, en todo mereces, aunque no sientas gusto y suavidad. Por tanto, aunque en la oración no sientas gusto, no por eso deja de ser muy meritoria.

Verdad es que dice David: *Deléitate en Dios y te dará lo que pide tu corazón*. Mas a esto, dice San Bernardo: ¡Señor! ¿Acaso está en mi mano hallar deleite cuando orare? ¿Pues cómo haré esto para ser oído de Vos? No te pide el Señor, alma, lo que tú no puedes; pídete el deseo de querer gozarle, mas no el gozo, porque éste no está en tu mano. Quiere que desees gustar aquella suavidad celestial, y deseándolo, ya tienes cumplido de tu parte y luego te dará lo que pidiere tu corazón. No lo que pide tu carne y sensualidad, sino lo que pide la razón y la fe...

12. Avísote que, sin gran sequedad, no crecerán en ti tus méritos... Y cuánto estima el Señor la perseverancia en la oración cuando no se siente el consuelo de la devoción, bien lo declaró el Señor por Jeremías, diciendo: *Acordéme de ti, porque me seguiste en el desierto*. ¡Oh, qué gloria de Dios es perseverar el

alma en la oración, sin devoción! ¡y cómo lo mira Dios y lo agradece, pues dice que por esto se acuerda de nosotros! Como si dijese: Me servías sin interés; perseveraste en el tiempo de la tempestad trabajando con esta sequedad; por tanto, te escribí en mi memoria y te lo pagaré a su tiempo...

13. El segundo enemigo es nuestra misma carne, pesada para obra tan heroica como es orar. *El cuerpo corruptible, agrava el alma* (Ecli. 40, 5).

Pero, dime, hermano, ¿quién conocerá mejor a tu cuerpo que Aquel que lo creó? El conoce todas tus miserias y tu poquedad (Sal. 102). Y además de conocerte a perfección, es un Padre amorosísimo, lleno de misericordia. Por tanto, no te espantes de que haya gran mérito donde hay tanta abnegación.

14. Este enemigo venció a los Apóstoles en la Oración del Huerto, a los cuales dijo el Señor: *¿Ni siquiera una hora habéis podido velar conmigo? El espíritu está pronto, pero la carne es flaca* (Mt. 26). ¡Oh alma! ¿Qué de horas velas para tu provecho? ¿Por qué no das a Cristo una hora? Mira qué yugo más suave, pues no dijo un día, ni una noche, sino *una hora*. Mas El excusando tu mucha flaqueza dice que aunque la voluntad esté entera, la carne es flaca y desmaya luego. Pelea, pues, contra tu pesadumbre y ten por cierto que *solos aquellos que se animan y se hacen violencia, arrebatan el reino de Dios* (Mt. 11) que es la perseverancia en la oración.

15. Finalmente, el tercer enemigo que nos impide orar, es la poca esperanza que tenemos de que Dios aprecie en algo nuestra oración. Este gigante es muy fuerte y luego nos sale al camino como el león a Sansón para que no fuese a visitar a su esposa. Tente, alma, a brazos con tan fuerte león, que gran cosa es la oración y Dios en mucho la estima. David dice que los ángeles nos esperan y convidan a orar, y llama a los adoradores espirituales doncellas, que tañen panderos, porque al son de los labios, cuando oramos vocalmente, hacen fiesta los ángeles en el cielo.

16. Así llevó San Rafael las oraciones de Tobías como cosa muy grande a presentarlas ante Dios. Y San Juan dice en el Apocalipsis que son perfumes e incienso que ofrecemos a

nuestro Creador... Pero lo que más debe de persuadirnos a orar es que el mismo Señor nos manda que oremos, pues es cierto que si no tuviera en mucho nuestra oración no nos insistiera tanto a que orásemos. Y pues nos manda que oremos, dice San Agustín, ya con ello se obliga a escucharnos y oír nuestras oraciones cuando oramos con humildad...

17. Y, ¿de cuántas maneras debemos orar? A esto nos responde el Apóstol, diciendo: "*Ante todo te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Este santo Apóstol, no solamente nos dice que oremos, sino que nos da orden y nos indica las maneras de orar, que son cuatro: La primera es la obsecración, que, según San Bernardo, es pedir al Señor perdón de nuestros pecados. Así oraba David cuando dijo: *Limpiadme, Señor, de mis pecados* (Sal. 50).

18. Postulación es pedir perdón de las culpas ajenas, como oraba Moisés cuando en el monte decía: *Señor, perdonad a vuestro pueblo, o borradme a mí del libro de la vida* (Ex. 23).

19. Oración es un allegarse el alma a Dios, prometiéndole alguna cosa y cumpliéndola, como decía David: *Señor, si me perdonáis, yo enseñaré a los pecadores el camino de vuestras misericordias y ellos se convertirán a Vos*. (Sal. 50).

20. Hacimiento de gracias es un agradecimiento de los bienes recibidos, como oraba Job, cuando decía: *Tus manos, Señor, me hicieron y me plasmaron* (Job, 10), y en otro lugar: *De la mano de Dios recibimos los bienes como los males, sea siempre su nombre bendito.*

21. Sobre todas, San Pablo se recomienda esta manera de oración, por ser la más perfecta, según San Basilio, dando gracias a Dios por todas las cosas: "*Orad sin cesar, y en todo dad gracias a Dios, porque esta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros. No apaguéis el espíritu* (1 Tes. 5, 17-19).

22. Lo que quiere decir el Apóstol es que, antes que hagamos cualquier otra cosa, pongamos la oración por delante... Si nos dijera San Pablo y nuestro Redentor, que siempre diéremos limosna, o que siempre ayunáramos, o que hiciésemos ciertas peregrinaciones u otras cosas trabajosas, nos pudiéremos excusar diciendo que nuestras fuerzas no alcanzan para ello. Mas al

ordenarnos que le amemos y que le hablemos siempre y loemos al que nos redimió, esto es cosa fácil y muy suave, y nadie se puede excusar, ni el rey ni el pobre, ni el enfermo ni el sano.

(Obras del Beato Alonso de Orozco. Salamanca 1895. Vergel de Oración).

SAN JUAN DE LA CRUZ, Dr. (m. 1591)

San Juan de la Cruz ingresó en la Orden Carmelita el año 1563. Ordenado sacerdote, amaba la soledad y la austeridad y pensó hacerse cartujo. Pero encontrándole Santa Teresa, ésta le disuadió y le conquistó para la Reforma Carmelita. Alma gemela de la Santa de Avila, llegó a ser Maestro consumado y declarado por la Iglesia Doctor Místico. Sus escritos, al par de los de Santa Teresa, llevan siglos iluminando y nutriendo la piedad de innumerables almas piadosas.

1. No falte a la oración cuando la pudiere tener (Cta. 29).

2. Tenga ánimo, hija mía, y dese mucho a la oración..., que al fin no tenemos otro bien ni arrimo ni consuelo sino éste, que después que lo hemos dejado todo por Dios, es justo que no anhelemos arrimo ni consuelo en nada si no es en El (Cta. 22).

3. Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando y os abrirán contemplando (Av. 157).

4. Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno (Av. 179).

5. Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje. Ya coma, ya beba, hable o trate con seglares, o haga cualquier cosa, siempre ande deseando a Dios y aficionando a El su corazón, que es cosa muy necesaria para la soledad interior, en la cual se requiere no dejar que ande el alma en ningún pensamiento que no sea encaminado a Dios, olvidándose de todas las cosas que son y pasan en esta miserable

vida. En ninguna manera ambicione saber nada, sino únicamente cómo servirá más a Dios... Si estas cuatro cosas guardare con cuidado, muy en breve será perfecto (4 Av. 9).

6. Por ninguna ocupación debe dejar la oración mental, que es sustento del alma (4 Av. Grad. 5).

7. Nunca falte a la oración, y cuando tuviese sequedad y dificultad, por el mismo caso persevere en ella, porque quiere Dios muchas veces ver lo que tiene en su alma, lo cual no se prueba en la facilidad y gusto (Ibid. 9).

8. Muchas almas piensan que no tienen oración y tienen muy mucha, y otras que piensan que tienen mucha, y es poco más que nada (Noch. Osc. Pr.).

9. No nos queda en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades, otro medio mejor y más seguro que la oración y esperanza de que El proveerá por los medios que El quisiere. Y este consejo se nos da en la Escritura, donde leemos que, estando el rey Josafat afligidísimo cercado de enemigos, poniéndose en oración, dijo a Dios: "*¡Oh, Dios! Nosotros no podemos contra tantos..., por eso nuestros ojos se vuelven a Ti*" (2 par. 20, 12). Como si dijera: Cuando nos faltan los medios..., sólo nos queda levantar nuestros ojos a Ti (Sub. L. 2 c. 21).

10. Dios solamente encargó con mucho encarecimiento que perseverásemos en la oración, es a saber, en la del Padrenuestro, diciéndonos en otra parte que *conviene siempre orar y nunca faltar* (Lc. 18, 1). Mas no nos enseñó variedades de peticiones, sino que éstas (las del Padrenuestro), se repitiesen muchas veces con fervor y con cuidado, porque, como digo, en éstas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene. Por eso, cuando Su Majestad acudió tres veces al Padre Eterno, las tres veces oró con la misma palabra del Padrenuestro (Mt. 26, 39). Y las ceremonias con que El nos enseñó a orar, todas se resumen a una o dos: que las hagamos escondidos en nuestra habitación, donde sin bullicio y sin dar cuenta a nadie la podremos hacer con más entero y puro corazón, según dijo: *Cuando quieras orar entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora* (Mt. 6, 6): o, si no, en los desiertos solitarios, como El la hacía; y el mejor y tiempo más quieto es la noche (Lc. 6, 12. Sub. Lib. 3 c. 44).

11. Ha de entender cualquier alma que, aunque Dios no acuda luego a su necesidad y ruego, no por eso, si ella no lo desmerece, dejará de acudir en el tiempo oportuno (Cant. 2).

12. No hay poder humano que pueda compararse con el poder del demonio, y así, solamente el poder divino basta para poder vencerle, y sólo la luz divina para poder entender sus astucias; por lo cual, el alma que tuviere que vencer su fortaleza, no podrá sin la oración... (Cant. 3).

13. El ejercicio principal de los principiantes debe ser meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado le es necesario hacer muchos actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebado el apetito con este fervor, se desarraiga el alma de las cosas sensuales y aborrece las mundanales. (Llam. de Amor V.).

14. *No nos apartemos ni apartemos nunca a nadie del ejercicio de la oración.*—Pues Dios la estima tanto, que así como reprendió a Marta porque quería apartar a María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo y que María no hacía nada, pues que se estaba holgando con el Señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor. Así también en los Cantares defiende a la Esposa, conjurando a todas las criaturas del mundo, que no la estorben en su reposo espiritual de amor, hasta que ella quiera (3, 5).

Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa; pero, cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores que le puedan impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de El y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas...

De donde, cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio, la quisiesen ocupar en cosas

exteriores o activas, aunque fuesen de mucha importancia. Pues si Dios conjura que no la distraigan de este amor, ¿quién se atreverá que no merezca represión? Pues al fin, para este fin de amor fuimos creados.

15. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan abrasar al mundo con sus predicaciones y obras exteriores: que mucho más provecho traerían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de lo contrario, todo es martillar y hacer poco más que nada y a veces nada, y aun a veces daño (Cant. 29, 3).

16. Comprendan todas las almas que, si Dios no les cumple enseguida lo que piden y necesitan, no fallará a su debido tiempo si ellas son constantes y no desmayan ni se desalientan (Cant. Esp. 2, 4).

SAN FELIPE DE NERI (m. 1592)

San Felipe de Neri fue un santo de rigurosísima penitencia y altísima contemplación. Fundó la Congregación de los Padres del Oratorio y tuvo estrecha amistad con San Carlos Borromeo, San Félix de Cantalicio, San Camilo de Lelis y San Ignacio de Loyola.

1. No hay nada que el demonio tema más que la oración mental: por eso anda continuamente buscando medios con qué poder destruir en las almas el espíritu de oración... Y es que la oración mental y el pecado no pueden estar juntos (Cit. por La Puente).

2. El hombre que no hace oración es como un animal sin razón. No hay cosa mejor para el hombre que la oración, y sin ella no es posible sostenerse por mucho tiempo en la vida de la

gracia. Por eso es preciso recurrir cada día a este poderosísimo medio de salvación.

Por este motivo tiene el demonio tanto miedo a la oración, y no hay cosa que lo enoje tanto, y ninguna procura impedir con mayor empeño, como la oración (Ascética de S. Felipe. Madrid, 1988).

SAN PASCUAL BAILON (m. 1592)

San Pascual Bailón, religioso franciscano, sobresalió principalmente por su amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. De él dicen sus biógrafos: "Su único vestido era una túnica, y bajo la túnica llevaba cilicio; su lecho, la tierra. Se pasaba todo el tiempo que podía en adoración ante el Santísimo; allí estaba desde maitines hasta la hora de la Misa, y al mismo pie del tabernáculo le sorprendía la noche"... Lo canonizó Alejandro VIII en 1690, y León XIII lo nombró Patrono de las Asociaciones y Congresos Eucarísticos.

1. *Avisos para orar con provecho*: Teniendo Dios tan grande voluntad de darnos y hacernos mercedes, en todas las cosas que pidieres, cree con firme fe que Dios te ha de dar lo que le pidieres.

No pidas nada que no entiendas que Dios quiere que la pidas, el cual tiene mayor voluntad de dar y conceder tu petición que tú tienes de pedirle, y está siempre esperando que le pidamos. Por tanto, más te ha de hacer pedir la gana que Dios tiene de darte, que no la necesidad que tú tienes de lo que pides...

Ejercita tu alma en hacer continuos y vehementes actos de querer todo lo que Dios quiere, apartando de tu voluntad todo el bien y provecho que se te puede seguir de tal querer, antes bien, procúralo porque el excelente querer de Dios es digno de

ser querido sobre todo querer, y porque Su Divina Majestad quiere que alcancemos lo que pidiéremos, porque con ello seamos hechos mayores siervos suyos y con mayor perfección le amemos.

En todas tus oraciones debes llevar la intención sobredicha, y cuanto pidieses pídelo con amor y por amor, con insistencia e importunidad...

La oración para que sea perfecta ha de tener tres partes: reconocimiento de las culpas, imploración de la divina misericordia y hacimiento de gracias...

2. *La oración es el origen de todos los bienes*: Tratando el glorioso San Crisóstomo cómo la oración sea el principio y causa de grandes bienes, dice así: ¿Qué cosa puede haber más justa, ni más hermosa, ni más santa, ni más llena de sabiduría que tener trato y comunicación con Dios? Porque si los que tratan con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios y tienen constante comunicación con él? ¡Oh, cuánta es la sabiduría y la virtud, cuánta es la prudencia y la bondad, cuánta la temperancia y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oración!

Ciertamente no se equivocará nadie que asegure ser la oración la causa y origen de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la piedad, puede entrar en el alma donde falte la oración. Antes bien, así como una ciudad que está sin muros y baluartes, es fácilmente asaltada por los enemigos, de la misma manera el alma que no está guarnecida con la oración, fácilmente la vencerá el demonio y se llenará de vicios (Opúsculos 1, cap. 1).

SAN PEDRO CANISIO, Dr. (m. 1597)

San Pedro Canisio, compañero de San Ignacio de Loyola, ingresó en la Compañía en 1548, llegando a ser Superior Provincial en Alemania, donde luchó denodadamente contra la Reforma protestante. Brilló por su

sabiduría en el Concilio de Trento y publicó un Catecismo que durante siglos ha sido muy apreciado por su notable apología.

No hay arte más excelsa que la de que el cristiano sepa y quiera orar bien. En ella se dan cita muchas cosas: el entendimiento, la memoria, el corazón, la voluntad, la lengua, la fe, la esperanza, la caridad, la sabiduría, la humildad, la devoción y otras muchas virtudes. Para orar bien debe cada cual saber y pensar a quién quiere orar, por qué fin, qué causa le mueve, cómo espera obtener lo que pide. A todo esto responde cumplidamente Cristo, que es la suma sabiduría y el mejor maestro de oración.

1. Nos pone delante a su Padre, verdadero y eterno Dios, que nos ha amado y nos ama, a quien todos los fieles deben rogar y adorar.

2. Nos señala también el fin de la oración, a saber: que se llene nuestra alma de gozo, no el externo, sino el interno, con la paz de la conciencia, que nace de la obediencia.

3. No deja de señalarnos una causa apremiante para orar, al mandar orar a todos sin distinción y añadir a ese mandato la promesa cierta y aun el juramento, de tal suerte que nadie pueda dudar de que su oración será eficaz ante Dios.

¿De dónde tan gran poder de la oración? De que se pide al Padre, que no necesita de nada y es rico y capaz de dar a todos, que es el Creador y Conservador de todas las cosas, y que es quien sólo nos basta. Y se le pide en nombre del Hijo, a quien no puede negar nada y que mereció por sí y por todos sus miembros, de suerte que cuanto se pida al Padre en su nombre, no pueda ser denegado, sino que se obtenga plenamente. Pues así como Cristo es el Hijo amado en el cual el Padre se complace, y con su Encarnación nos lo dio todo, y nos lo hizo puerta, puente y camino para el cielo y todos los bienes celestes y eternos, así también nos propuso al mismo Cristo como valedor y Pontífice por el cual le sean presentadas y escuchadas las oraciones y deseos de los creyentes.

I. *¿Qué se entiende por "oración"?*

II. *¿Qué razones principales hay para ella?*

III. *¿Cómo hay que orar?*

I. La oración es la elevación del alma a Dios, petición a Dios de lo que conviene, conversación con Dios. Por oración se entiende no sólo la oración que se hace por la palabra externa, por la lengua, sino también la que se hace en el interior del alma por los deseos y gemidos del corazón, no sólo la petición de lo que conviene, sino también la acción de gracias y la alabanza de Dios. Esas cosas han de ir unidas siempre, en la Escritura aparecen unidas con frecuencia y deben ser la ocupación habitual de los hijos de Dios. Esos sacrificios espirituales exige Dios a todo fiel, una vez que ha llegado a conocer lo que ha recibido de Dios y lo poderoso, sabio y bueno que es. Este es el rasgo distintivo de los verdaderos hijos del Nuevo Testamento; la invocación y confesión o alabanza de Dios; no basta pedir al Padre: hay que ofrecerle también nuestra alabanza, como lo hacen los ángeles.

Hay tres clases de oración: se fundan en la Escritura, y siempre se han ejercitado: la privada, la pública y la eclesiástica. La privada o particular es la que hace una persona, como la del publicano en el templo; la pública o común, la que hacen los fieles reunidos; y la eclesiástica, la que siempre se practicó en la Iglesia cristiana católica, y que llamamos culto externo. La Iglesia gozó de buena salud mientras se mantuvo pujante este triple uso de la oración.

II. Expondré las razones principales que tenemos para orar, en atención a los muchos que no aprecian su valor y se muestran tan perezosos y fríos en su práctica.

1. El hombre ha sido creado, ha nacido y renacido para honrar a su Creador y Redentor, alabarlo por sí y por los demás, invocarlo y encomendarle todas sus cosas por la oración: en eso hemos sido creados con una condición de ser tan noble como los ángeles, cuyo oficio propio es el alabar e invocar a Dios y presentarle sus oraciones y las nuestras. Hemos sido creados tan frágiles y necesitados de suerte que recurramos por la oración a Dios, fuente de todo bien.

2. *La dignidad de la oración* es una buena invitación para que la practiquemos: ella hace de por sí al hombre como un legado que sube al cielo y penetra en el trono de Dios, un amigo que habla con El, más aún, un sacerdote que ofrece por sí y por los

demás siempre que quiere y donde quiera que esté, en el templo, en casa, en la mesa, en la tierra, en el mar, y lo configura con los ángeles y con la cabeza, Cristo.

3. *La facilidad de la oración:* Porque la naturaleza misma y la razón mueven a todos, aun a los infieles, a que oren y proclaman que hay que orar, como lo reconocen Platón y los poetas. Está excusado el enfermo de ayunar, el pobre, de dar limosnas, el laico, de predicar: mas ninguno puede excusarse de hacer oración, aun cuando esté privado de la vista y del habla y yazga desvalido en el lecho. *El Señor ha escuchado el deseo de los pobres y ha prestado oídos a la disposición de su corazón* (Ps. 10, 17). *No sabemos qué orar, mas el Espíritu mismo acude en socorro de nuestra debilidad y ora por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26).

¿Cómo podrá excusarse, entonces, el cristiano remiso y negligente en orar, teniendo tantos preceptos de Dios?...

III. *Cómo hay que orar.*

1. Como enseñó Cristo en el Evangelio, el Padre ha de ser invocado no con temor, sino con amor, pues el Padre nos ama.

2. Con confianza, que manda y confirma Cristo mismo con promesa y juramento.

3. Hay que pedir no el gozo carnal, sino el espiritual, que procede de la paz de la conciencia y de la obediencia.

4. En el nombre de Cristo.

Somos, triste es decirlo, como los Apóstoles cuando Cristo los enseñaba a orar: por muchas cosas que creyesen de Cristo, que tenía omniscencia y que había salido del Padre y había venido al mundo, sin embargo ignoraban el verdadero arte de orar y no habían aprendido a adorar al Padre en espíritu y en verdad ni a pedir en nombre de Jesús por el Espíritu, conforme a lo que dice San Pablo: *Nadie puede decir "Señor Jesús", sino en el Espíritu Santo* (I Cor. 12, 13); y también: *El Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26). Y donde no está el Espíritu, tampoco hay oración. Creemos, sí, por lo que toca a Dios, que quiere que se le pida y que escucha a los que oran debidamente conforme al mandato y a la promesa; creemos también, que de nuestra parte hace falta fe, confianza, constancia, prudencia, humildad, penitencia; todo el fallo está en la práctica (de

la oración): la empezamos tarde, la dejamos enseguida, no la defendemos contra las tentaciones, no retiramos los impedimentos, no conservamos la conciencia pura, no nos ejercitamos en la caridad con el prójimo. Somos desordenados en ella, no observamos ni el primer orden ni el tiempo ni el lugar; no sabemos orar; no entendemos lo que oramos; no prestamos ninguna atención ni devoción; somos desidiosos y fríos en orar. Honramos a Dios tan sólo con los labios, nuestro corazón está inmerso en las cosas terrenas. No nos preparamos para la oración; no la dirigimos a unos fines determinados, ni añadimos meditación alguna. Es inexcusable el hombre que se mantiene tan perezoso e inobediente en no querer orar y orar como es debido. Ese tal peca contra Dios Padre, que está dispuesto a escuchar a todos, más aún, a ayudar al que lo invoca. *Invócame en el día de la tribulación y te libraré* (Ps. 49, 15). Dios Padre es más fiel que todos los padres, los cuales ni conocen la necesidad de sus hijos ni los socorren tan de buen grado y tan liberalmente como este Padre, del cual procede todo don perfecto (Jac. 1, 17). Peca además contra Cristo, al no querer obedecer a su precepto ni edificar sobre el fundamento de tan válida promesa, más aún, del juramento por El hecho, ni fiarse de sus méritos, por consideración a los cuales son gratas a Dios nuestras preces y aun todas nuestras buenas obras, y nos impetra premios espirituales y eternos.

(Beati PETRI CANISSI Exhortationes domesticae, S. J.

Collectae et dispositae a Georgio SCHLOSSER, eiusdem Societis presbytero.

Ruremundae, Typis J. J. ROMEN et Filiorum, Typographi Pontificii, 1876. P. 110-118).

De este santo escribió Metzler:

San Pedro Canisio fue un maestro de oración. No se limitaba al tiempo prescrito para la oración. La extendía a todas sus ocupaciones. A veces se le veía como a Jacob, luchar con el ángel en la oración. Mantenía un trato ininterrumpido con Dios. Los últimos años de su vida pasaba hasta siete horas diarias de oración. Se había hecho una lista de 50 intenciones y rezaba por todas. Al atravesar pueblos, encomendaba aquellas gentes a sus patronos.

Escribió libros en los que introduce al cristiano en la oración: "Sin

Cristo toda ciencia es vana y aun perjudicial, y a Cristo lo encontramos de modo especial en la oración. Todo debe hacerse en unión con Cristo, y sólo por su amor se han de hacer todas las cosas".

En un libro de piedad para los príncipes, escribe: "Hay grandes príncipes que tienen tiempo para todo, para vestir, banquetear, beber, cabalgar, cantar, jugar. Sólo para la oración les falta tiempo, y eso que necesitan tanto los príncipes de la oración".

Es el gran apóstol de Alemania, por la que reza y hace rezar: "Yo os ruego y conjuro que os apresuréis a socorrer con vuestras diarias oraciones a vuestra pobre Alemania" (Carta a San Ignacio) (*Metzler, Vida de San Pedro Canisio*).

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI (m. 1607)

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen carmelitana, fue una gran mística, alma gemela de su madre y maestra Santa Teresa de Jesús. Se distinguió, sobre todo, por sus arrebatos de amor a Cristo y su singular amor a la Cruz.

1. Concibe la oración como el medio por el que "el alma se despega de las cosas creadas y se une a Dios..., con ella se ilumina el entendimiento, se inflama la voluntad en el amor divino, haciéndola volar por las vías de la perfección" (*Ammaestramenti*).

2. Dios se ve en cierta manera obligado con el alma que le ruega, porque ella misma le ofrece así la ocasión de que el Señor satisfaga sus deseos de concederle gracias y favores *(Cit. S. Ligorio)*.

3. *Existen cuatro grados de amores: uno amor activo,* un amor *impaciente*, un amor *doliente* y un amor perfectamente *resignado*. Y de estos cuatro amores, sólo el último (que supone un alto grado de oración) es *perfecto*; los otros tres son imperfectos... Este amor perfecto es un amor tan resignado, que no quiere, ni

desea, ni posee nada sino lo que Dios quiere. No aspira a la perfección para ser coronado en el cielo, no se detiene en los dones de Dios, no examina a qué grado de perfección puede llegar, no considera los que ya ha conseguido, ni menos aún el que actualmente se encuentra; sólo mira una única cosa, que es la gloria de Dios. Este sufre con gozo sus tentaciones, porque Dios lo quiere así; se alegra de ver a su prójimo más perfecto que él y más adelantado en el amor divino y se consume viendo que los hombres no aman a Dios o que lo aman menos que él. No se inquieta porque Dios obre de esta manera o de otra, que le trate como a tal santo o como a tal otro; todo lo que busca y desea es que Dios sea honrado; el que lo sea por él mismo o por el prójimo, por éste u otro medio, eso poco le importa. Este es el amor al que debemos aspirar, aunque sin desearlo con inquietud, porque este inquieto deseo sería incompatible con él (*P. 4.ª, c. 29*).

ANTONIO DE MOLINA (m. 1612)

Nació en Villanueva de los Infantes hacia el 1550. Estudió en la Universidad de Salamanca y a los veinticinco años ingresó en la Orden de San Agustín, de donde pasó a la Cartuja, profesando en 1589 en la de Miraflores. Allí escribió varias obras, llegando algunas a pasar de las cien ediciones y ser traducidas a los principales idiomas. Siendo considerado como uno de los mejores teólogos de su tiempo.

De las excelencias y provechos de la oración

Para que se entienda y perciba mejor las doctrinas de los santos, será bien sacar de ellas la suma de las excelencias y provecho de la oración. Y dejando aparte aquello que tiene de común con las obras de virtud, que es ser meritorias y satisfactorias, en lo cual también tiene la oración mucha excelencia entre las demás, así por ser acto de religión, que es virtud excelentísima, y ser

inmediato culto con que honramos a Dios y nos sujetamos a El, protestando que tenemos necesidad de El, como de autor de todos los bienes; por lo cual es la oración muy meritoria, como también por las dificultades que son precisas vencer para perseverar en ella, es muy satisfactoria. Dejado, pues, esto que es común a todas las virtudes, digamos las excelencias y utilidades que tiene propias y particulares.

1. Sea la *primera*, y más propia de la oración, ser impetratoria, y alcanzar de Dios, por medio de ella, todo lo que pedimos y habemos menester, como El lo tiene expresamente prometido y empeñada su palabra, que nos concederá todo lo que le pidiéremos en la oración: cuya promesa es una cosa inestimable y dignísima de aprovecharnos de ella, porque es un atajo para alcanzar todo lo que quisiéremos fácil y brevemente. Y así por sólo este título, podemos afirmar ser tantos los provechos de la oración, cuantas son las mercedes que Dios nos hace, tanto en concedernos bienes, como en librarnos de males, pues todo lo alcanzamos por la oración.

2. La *segunda* es que el ejercicio de la oración es el medio más eficaz que los hombres pueden poner para asegurar su salvación, y para llegar a la perfección de la virtud en cualquier estado que tengan.

En cuanto a lo primero, dice un autor muy grave y muy espiritual, que se atreve a afirmar, sin temor a temeridad, que ningún alma que tenga oración y persevere en ella se condenará. Y no le falta grandísima razón y fundamento para decir esto; porque aunque es verdad que no hay nadie, por santo que sea, que mientras vive en este mundo no esté en peligro de poderse condenar: con todo esto, este camino de la oración es tan seguro y cierto, que, resulta en cierta manera imposible que los que perseveren en él hasta la muerte puedan perderse.

Y en cuanto a lo segundo, todas las historias de los santos lo testifican, y la misma experiencia de cada día nos lo demuestra: que todas cuantas personas han sido eminentes en virtud y santidad, lo han sido asimismo en el ejercicio de la oración. Yo no sé de ninguno que haya llegado a la perfección, si no es por este camino: ni aun sé cómo sea posible por vía ordinaria, si no es

por un milagro o privilegio particular. Y aun entonces, para conservar la santidad y perfección que Dios le hubiese dado milagrosamente, habría menester mucho ejercicio de oración y contemplación; porque, en efecto, este es el camino real y seguro.

3. La *tercera* es que en la oración está el alma en conversación y coloquio con Dios, tratándole familiar y amigablemente, lo que es un bien y dignidad inestimable, como se ve por lo que en la tierra se estima privar uno tanto con el rey, que le puede hablar todas las veces que quisiere y tratar con él sus negocios muy despacio. Pues considérese cuánta es mayor la dignidad y cuántos mayores los provechos de tratar con Dios familiarmente, como se trata en la oración.

Por eso dice San Juan Crisóstomo, que el ejercicio de la oración es más propio de ángeles que de hombres. De donde se sigue que, mientras el hombre está en oración, ha de hacer cuenta que está entre los coros de los ángeles, como sería razón que los hombres la supiesen estimar y procurar.

4. La *cuarta* es que Dios gusta mucho de este trato y conversación, y convida al hombre a que le hable muchas veces de esta manera, como se ve en los Cantares (1, 2), donde dice Dios al alma santa: *Amiga y amada mía, muéstrame tu rostro y haz que Yo oiga tu voz, porque es muy dulce para mis oídos, y tu rostro muy hermoso para mis ojos*. ¡Bendita sea tu benignidad, que se digna tratar con unos gusanos tan asquerosos, y gusta que le traten de la misma manera, cuando se hace con reverencia!

5. La *quinta* es que por el ejercicio de la oración se llega a la perfecta contemplación y unión del alma con Dios, hasta hacerse un espíritu con El, y toda deificada y poseída de Dios, y transformada en El. De manera que por aquí viene a ser el hombre todo espiritual y divino, y levantado sobre sí mismo y sobre todos los límites de la naturaleza humana, como dice el Profeta; que se levantará sobre sí mismo: cuyo bien es el mayor que en esta vida se puede alcanzar, y que solamente lo sabrán estimar los que lo hubiesen probado, los cuales saben que se compraría muy barato aunque nos costase todos los trabajos que en este mundo se pueden padecer.

En efecto, ello es la mayor bienaventuranza a que se puede

llegar en esta vida, y es como un noviciado de la gloria del Cielo. Por eso dijo Cristo nuestro Señor, que la parte que escogió María Magdalena, que era la contemplación, es la mejor de todas, y que no se ha de acabar, sino continuarse y perfeccionarse en la gloria.

6. De esto se sigue la *sexta*, que es la suavidad, dulzura y regalo espiritual que el alma recibe en la oración, la cual tampoco podrá estimar quien no la ha gustado; pero es muy cierto ser mayor incomparablemente que todas las delectaciones corporales. Y aunque todas juntas las pudiera tener un solo hombre, todo es asco y fealdad, en comparación con los regalos que Dios da a las almas en la oración. Y aunque estos no se reciben siempre, pero si el hombre persevera fielmente y hace lo que es de su parte, aunque tarden, raras veces dejan de llegar a tiempo que paguen abundantemente lo que se ha esperado. Y cuando no, en su lugar da Dios cosa de igual o mayor precio y que conviene más al que ora. Por eso dice San Juan Clímaco, que en la oración paga Dios de contado el ciento por uno que promete en esta vida por lo que deja o se trabaja por El, con prendas ciertas del premio cumplido que ha de dar en la vida eterna.

7. La *séptima* es que en la oración recibe el alma ciencia y sabiduría sobrenatural, mucho mayor que toda la que por fuerzas humanas se puede adquirir, y se le da luz divina para conocer a Dios y conocerse a sí mismo, que son dos cosas muy importantes y de inestimable precio. Y que esto es así consta de lo que dice la Sagrada Escritura, que los que llegan a los pies de Dios, recibirán de su doctrina. Y en otro lugar (Sal. 33), dice: *Allegaos a Dios y recibiréis luz*. Y en buena razón está, pues vemos que por ser el fuego tan noble y activo, en acercándose alguna cosa a él, al punto la comienza a comunicar su calor, y no para hasta hacerla del todo semejante a sí. ¿Pues qué hará Dios que es verdaderísimo sol y fuego abrasador, y más noble y comunicativo de sí mismo que todas las criaturas, sino comunicar su luz y sabiduría y todas sus perfecciones a quien se acerca a El? Y la experiencia nos lo ha mostrado, así en los tiempos pasados como en los presentes, porque se han visto muchas personas simples y sin letras, que por medio de la oración alcanzaron en un momento

mayor sabiduría que pudieron adquirir en muchos años con trabajo y estudio humano, y más luz y conocimiento de Dios y de sus perfecciones, y mayor inteligencia de las Sagradas Escrituras que todos los letrados del mundo alcanzaron por el estudio. De lo cual hay tantos y tantos ejemplos, y tan ciertos, que hasta los mismos Santos Doctores, que estuvieron tan llenos de sabiduría, confiensan que fue mucha más la que alcanzaron por la oración, que por el estudio y trabajo propio.

8. La *octava* es que en la oración se adquiere la devoción verdadera y esencial, que es una claridad, prontitud y facilidad para ejercitar todas las obras de virtud, por dificultosas que sean. Esto es un bien que no tiene precio, y que lo sabrán estimar hasta los que carecen de él, porque experimentan en sí la dificultad que tienen para las cosas de virtud, y se admiran de la facilidad y alegría con que otros hacen las que a ellos les parecen imposibles. Y de ordinario se ve por experiencia que las personas de oración son las que andan diligentes y cuidadosas en el servicio de Dios y recatadas por no ofenderle, alegres y fáciles para todos los trabajos y dificultades.

9. La *novena* es que en la oración se ejercitan los actos de todas las virtudes de fe, esperanza, caridad, religión, obediencia, humildad, paciencia, contrición, pobreza, etc. como consta del Tratado de los Afectos. Y de la oración sale el hombre diestro y prevenido para ejercitarlas exteriormente cuando se ofrecen las ocasiones. De manera que por la oración se adquieren todas las virtudes, en ella se ejercitan y en ella se conservan y perfeccionan, como lo saben los experimentados, y lo sabrán los que quisieren serlo. Y es por esto lo que dice San Juan Crisóstomo, que aunque la oración es una virtud, es como la raíz, causa y madre de todas las demás virtudes.

10. La *décima* es que la oración es la que gobierna toda la vida espiritual, como lo muestra la experiencia, que al paso que anda la oración, anda el aprovechamiento del alma y el ejercicio de todas las demás virtudes. De manera que así como la mar sigue los movimientos de la luna, dependiendo de su influencia, así es toda la vida espiritual, respecto de la oración. Por eso la compara San Juan Crisóstomo a una fuente en medio de un

jardín, de la cual salen las aguas que riegan todas las plantas, que, si ella faltase o se secase, luego se marchitarían y agostarían todas las flores y plantas, perdiendo la hermosura y su frescura, y si ella les falta por mucho tiempo se vienen a perder del todo.

De los consejos y ejemplos que nos deben mover a la oración

Sería cosa muy larga querer declarar extendidamente las excelencias y provechos de esta soberana virtud; baste haber apuntado aquí éstas sumariamente. Quien las quisiere saber más largamente, lo remito yo a que se disponga y la ejercite algún tiempo, y verá por experiencia, que es muy poco todo lo que se dice de ella. Y por esto Cristo nuestro Señor no se preocupó de hacer grandes alabanzas de la oración, sino que lo que hizo fue aconsejarnos muy encarecidamente que la ejercitásemos con gran perseverancia y continuación. Y esto solo debiera bastar para aficionar a todos los cristianos al ejercicio de esta virtud, ver que el Señor, que tanto desea nuestro bien, y sabe tan bien los medios con que lo habemos de procurar, encarga tanto el estudio y perseverancia en la oración, que no sé yo si hay cosa en el santo Evangelio tan encarecidamente encomendada y tantas veces repetida.

1. Una vez nos pone el ejemplo de una mujer viuda, que pedía a un juez que le hiciese justicia, y no la podía alcanzar, porque el juez *no temía a Dios ni respetaba a los hombres* (Lc. 18); pero ella dio en importunarle tantas veces que, al fin el juez, aunque malo, hizo por la instancia y porfía lo que no hacía por virtud. Y así colige el Señor, que todo lo que quisiéremos, lo alcanzaremos de Dios, perseverando en pedírselo.

2. Otra vez pone el ejemplo de un hombre que pedía a su amigo tres panes prestados, y aunque le había despedido una y dos veces, porfió en pedirlos, y al fin alcanzó por importunidad, lo que no alcanzaba por amistad (Lc. 11). De donde colige el Señor aquella sentencia tan digna de estar siempre en nuestra memoria: "*Yo os digo que pidáis y recibiréis; busquéis y hallaréis; llaméis y os abrirán. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama le abren* (Mt. 7; Lc. 11) Y más adelante añade: "*¿Quién hay que pida pan a su padre, y en vez de pan le dé una piedra?*

¿O que pida un pez y en lugar de pez le dé una serpiente? Pues si los hombres, aun siendo malos y de ruin naturaleza, *saben dar buenos dones a sus hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará su espíritu bueno a los que se lo piden*? (Lc. 11, 11-13).

3. Otra vez amonesta a sus discípulos, diciendo: "*Velad en todo tiempo en oración, porque merezcáis libraros de los males y peligros que os amenazan*". Y a la entrada de la Pasión les repitió tantas veces que velasen y orasen, porque no fuesen vencidos de la tentación, que, finalmente, todo lo encerró en aquella palabra tan compendiosa, que dice San Lucas: "*Conviene orar siempre y nunca faltar a la oración* (Lc. 18, 1). Cuyo sentido verdadero es, que nos es de grande importancia y provecho tener oración, con la mayor recuencia, continuación y perseverancia que nos sea posible a las fuerzas humanas, que por este camino vinieron muchos santos a alcanzar la oración continua, sin interrumpir un solo punto.

4. Ultimamente, para más aficionarnos al ejercicio de la oración, estando para partir de esta vida, les empeña su palabra, que cualquiera cosa que pidieran en su nombre, se la concederá, repitiendo esta misma promesa hasta tres veces, y llegándola a confirmar al fin con un género de juramento, repitiendo dos veces: *Amén, Amén*.

5. Esta misma doctrina nos la enseñó Cristo nuestro Señor con su ejemplo aun mucho más que con las palabras, porque si bien lo miramos, toda su vida fue oración. Pues dejando aparte el tiempo de la niñez y mocedad, mientras vivió en casa con sus padres, porque de este tiempo no se nos dice cosa particular en el Evangelio; en saliendo al público comenzó a dar ejemplos de oración.

En acabándose de bautizar, que fue la primera cosa pública que hizo, se puso en oración; y estando orando, bajó el Espíritu Santo sobre su cabeza, y el Padre le autorizó, diciendo que era su *Hijo muy amado*.

6. Después en el desierto, cierto es que todos aquellos cuarenta días, con sus noches, se gastaron en oración. Porque, ¿qué otra cosa había de hacer en aquella soledad? Y parece nos quiso dar a entender, que de aquella manera gastara lo restante de la vida, si el oficio de Maestro o Redentor no le obligara a comunicarse y tratar con los hombres.

7. Pero aunque hacía esto, era de manera que los días gastaba en predicar y sanar enfermos, y en otras obras de caridad y misericordia, y por las noches salía a los montes y desiertos, y las pasaba todas en oración. Este era su estilo y modo ordinario de proceder, como se colige de muchos lugares del Evangelio (Lc. 6, 21-22). Una de estas noches, estando en el monte Tabor orando, sucedió la gloria de la transfiguración, como suele acontecer a los que frecuentan la oración, que una vez u otra, cuando menos piensan, se hallan tan trocados, que ellos mismos no se conocen, que les parece estar ya trasladados a la gloria.

8. Y últimamente, para esperar el golpe de su Pasión, se apercibió primero con una larga oración que hizo al fin del Sermón de la Cena, cuando en pie, y puestos los ojos en el cielo, y oyendo todos sus discípulos (hizo por largo rato oración). Y luego con otras tres horas de oración que hizo en el Huerto. Porque la primera vez, cierto es que fue hora entera (Jn. 17). Y de las otras dos, dice San Lucas que, *con la agonía y congoja oraba más prolijamente* (Lc. 21). A todo esto advierte San Ambrosio, que no era porque el Señor tuviese necesidad de la oración, sino que fue para aficionarnos a nosotros a ella con su ejemplo. Pues siendo esto así, ¿quién hay que se precie de cristiano, que viendo a Cristo tan dado a la oración y amonestarnos a ella tan encarecidamente, no se aficione mucho a este santo ejercicio, cuando él no tuviera otro provecho, sino sólo por imitar el ejemplo de tan buen Maestro, y seguir su consejo y amonestación?

9. Con tal doctrina y ejemplo, salieron tan bien enseñados los discípulos, como es notorio, pues consta cuán dados fueron a la oración. Del apóstol San Pedro se escribe, que desde que cantaba el gallo, hasta el día se estaba de oración, llorando por la culpa que cometió en negar a su Maestro. De Santiago el Menor, que tenía callos en las rodillas como un camello, del continuo uso de estar en oración. De San Bartolomé se dice que cien veces durante el día y otras tantas durante la noche hacía oración. Y lo mismo debemos tener por cierto que harían los demás Apóstoles, pues vemos que desde que el Señor subió al Cielo, hasta que recibieron el Espíritu Santo, todo su ejercicio fue perseverar en oración, enseñándonos con esto que es la

mejor disposición para recibir el Espíritu Santo. Y después que le recibieron eran tan continuos en este ejercicio, que por no estorbarse un punto en él, encomendaron el cuidado de todas las cosas exteriores a los diáconos, que ordenaron para el ministerio de todas las demás ocupaciones (Hech. 2).

10. Y finalmente de todos los fieles de la primitiva Iglesia, se dice en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que su vida y ocupación era oír la doctrina de los Apóstoles y perseverar en oración y en el repartimiento del Pan, que era la comunión del Santísimo Sacramento. Y era cosa tan notoria ser éste todo su ejercicio, que afirma Filón, autor muy grave, que comúnmente llamaban a los cristianos contemplativos, por ser todos tan dados a la oración. Y cierto había muy sobrada razón para que todos los fuéramos, pues tenemos tantos ejemplos y causa para ello.

11. Pasado aquel dichosísimo siglo de la Iglesia primitiva, y siguiéndose otro en que ya los cristianos eran tantos en número, que no era posible generalmente vacar a la oración con tanta continuación, es cosa muy sabida que los que deseaban llegar a la perfección de la caridad y de la virtud, tomaron por él medio más principal para este fin, darse del todo al ejercicio de la oración y contemplación, y para esto dejaban el mundo y se iban a los desiertos. Y fue tanta la multitud de estos santos monjes y ermitaños, que estaban los yermos más poblados de ellos que las más populosas ciudades de seglares; cuya vida y principal ejercicio era vacar a la oración y contemplación, como lo testifica Casiano en la Colación del Abad Isaac. Y en este ejercicio fueron tan continuos y perseverantes, que muchos de ellos se estaban en oración desde el poner del sol hasta que otro día salía.

12. Otros gastaban en esto la mayor parte de la noche, y algunas veces juntaban la noche y el día sin moverse de un lugar, puestos de rodillas como si fueran de mármol. Y hubo veces en que aconteció estar de esta manera hasta tres días con sus noches, como si fueran puros espíritus, sin estar sujetos a la pesadumbre del cuerpo. Y es cosa notoria que por este medio llegaron a tan alto grado de virtud y santidad, que ya no

parecían hombres mortales, ni lo eran, sino sólo en la naturaleza, pero en la vida y costumbres más eran ángeles o serafines, u hombres deificados y transformados en Dios.

Testigos son de esto Pablo, Antonio, Hilarión, Arsenio, Macario, Eulalio, Basilio, Crisóstomo, Clímaco, Benito, María Egipciaca y otros muchos millares de ellos, cuyo ejemplo era bastante, cuando otro no hubiera, para acreditar el ejercicio de la oración y aficionarnos todos a ella.

13. Y finalmente, en todos los siglos y edades, hasta el día de hoy, por la gran misericordia de Dios, ha habido y hay muchas almas de todos estados, suertes y condiciones, muy dadas a este santo ejercicio, por medio del cual a muchas de ellas hace nuestro Señor tan grandes mercedes y favores, que no pueden decir, ni declarar, ni entender, si no es sólo los que los reciben, o tienen experiencia de cosa semejante, porque todo lo que de esto está escrito es muy poco, en comparación de lo que realmente pasa.

De la necesidad de la oración

Porque no vayan a pensar los negligentes y poco aficionados a las cosas espirituales, que con carecer de los provechos y excelencias de la oración, quedan dispensados y libres de este ejercicio, conviene advertir que el uso de la oración no solamente es tan excelente y provechoso, como queda dicho, y mucho más de lo que se puede decir, sino que además es necesario para la salvación.

Doctrina es de Santo Tomás (I. 2. q. 8. art. 3), comúnmente declarada por los teólogos más graves que le siguen, que la oración es medio absolutamente necesario para la salvación, y que como tal hay de ella precepto divino natural, y que aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: "*Pedid y recibiréis*" (Mt. 7), y la otra que dice: "*Conviene orar siempre y nunca faltar a la oración*", no solamente contienen consejo saludable, sino precepto riguroso, que trae consigo obligación y necesidad; la cual a veces es tan precisa, que obliga bajo pecado mortal.

Declarar los casos de esta obligación, y el modo con que se ha de entender, pertenece a los teólogos, para los cuales yo lo dejo, y así no quiero tratar aquí de la necesidad de la oración con este